

pe le pidió, pues, que lo firmara. «No puedo comprometerme respondió el monarca, si el emperador Napoleón no se compromete á su vez. Me es imposible firmar semejantes condiciones sin estar seguro de que él las admitirá.» El príncipe Napoleón contestó: «Señor, aseguro á V. M. bajo mi palabra de honor que mañana por la mañana recibiréis este mismo papel con ó sin la firma del emperador Napoleón.»

Francisco José se decidió entonces á firmar. Luego dijo: «Hago un gran sacrificio cediendo así una de mis más hermosas provincias. Pero si puedo entenderme con el emperador Napoleón sobre los asuntos de Italia, no habrá ya motivos de discordia entre nosotros.»

Eran las ocho. El emperador y el príncipe pasaron todavía juntos un rato, pero no hablaron ya de política. Luego Francisco José acompañó hasta lo alto de la escalera al primo de Napoleón III y le dió la mano diciéndole: «Hasta la vista, príncipe, y confío en que no será ya como enemigos.»

A las diez de la noche el príncipe Napoleón estaba de vuelta en Valeggio. Cuando el emperador leyó el documento firmado por Francisco José, iluminó su rostro un rayo de alegría y abrazó cordialmente á su primo. Al otro día firmaba á su vez el papel y lo devolvía con una carta autógrafa al emperador de Austria. Quedaban definitivamente ajustados los preliminares de la paz.

LXI

LA DIMISIÓN DEL CONDE DE CAVOUR

El hombre que habría deseado más vivamente la continuación de la guerra era el conde de Cavour. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín, censuraba acremente su política revolucionaria. Este diplomático esencialmente conservador, muy hostil á los proyectos de unidad italiana, escribía el 8 de julio de 1859 al conde Walewski acerca del primer ministro piamontés que tan osadamente preparaba ya las anexiones: «La actividad devoradora de su imaginación, su ambición, la naturaleza aventurera de su genio, prevalecen casi siempre en él sobre los consejos de la razón. Sería, pues, incurrir en un lisonjero error, cualesquiera que fuesen las apariencias, si se creyera que M. de Cavour renuncia sinceramente á valerse de los medios más ó menos leales y regulares á los cuales ha apelado á menudo y que, fuerza es confesarlo, á veces le han dado buen resultado. Por mi parte no me hago ilusión alguna. Con frecuencia me he persuadido de mi impotencia y no conozco más que un medio verdaderamente formal que oponer á las impacencias y á las veleidades de M. de Cavour, y es la voluntad firme y categórica del emperador. Fuera de esto, no veo ningún remedio.»

Tan luego como el primer ministro supo por una carta del general La Mórora que el armisticio pactado era una larga tregua de la que podía resultar la paz, no disimuló su despecho ni su enojo, y marchó inmediatamente al campamento con la esperanza de hacer que el rey y el emperador desistieran de todo intento pacífico. Al rayar el alba del día 10 llegaba de Turín á Desenzano y durante el día á Monzambano, cuartel general del ejército sardo. Víctor Manuel estaba en la quinta Melchiarri, donde recibió al ministro cuya explosión de furor no le afectó en lo más mínimo. En vano fué que M. de Cavour suplicara á su señor que no aceptara una liberación incompleta; que llamase en su ayuda á toda Italia y continuara la lucha sin el apoyo de Napoleón III. Víctor Manuel se guardó mucho de seguir tan mal consejo. Aquel mismo día, el temerario ministro vió al príncipe Napoleón, que no le dió ninguna esperanza, y á pesar de sus instancias, no pudo conseguir que le recibiera el emperador. Al otro día procuró ver de nuevo al príncipe Napoleón, pero éste había ido á Verona para tratar con Francisco José acerca de los preliminares de la paz. Cavour tuvo no-

ticia del texto aquella noche, y el 12 por la mañana se marchó exasperado, después de presentar su dimisión.

Las violencias del ministro habían acabado por cansar al soberano. «La paz se ajusta sin mí, le dijo: no soy el más fuerte; dejadme tranquilo.»

Víctor Manuel necesitaba con frecuencia á Cavour, pero en el fondo no le quería. El jefe de la casa de Saboya, muy celoso de su autoridad y orgulloso de su raza, no podía acostumbrarse á los procederes invasores, al tono dominante de su ambicioso ministro, ni quería parecerse á un Luis XIII obligado á sopor-tar el yugo de un Richelieu. Víctor Manuel era un monarca que no se dejaba gobernar por nadie, y cuando lo juzgaba necesario, sabía imponer su modo de ver á sus súbditos y demostrar á todos su fuerza de voluntad. También aquella vez era el rey quien tenía razón, porque nada hubiera sido más fatal al Piamonte que enemistarse con Napoleón III.

No puede negarse que Cavour era un hombre de Estado hábil; pero aunque discípulo de Maquiavelo, no podía compararse con el rey, que al día siguiente de firmarse los preliminares de Villafranca comprendió la situación mucho mejor que su ministro. Recordó que con paciencia todo se alcanza, y en lugar de acometer de frente las grandes dificultades, las eludió, las aplazó. Obligado á bajar la cabeza ante los hechos consumados, se adhirió á los preliminares de Villafranca, pero cuidando de estipular en su provecho su libertad de acción para el porvenir, la *libertà d'operare*, como decía. «Apruebo en la parte que me concierne,» tal fué su respuesta al emperador. Esto significaba que reservaba á los toscanos, á los modeneses, á los parmesanos y á los romañoles la facultad de disponer de su suerte. Si en lugar de limitarse á esta reserva, hubiese roto lanzas con Napoleón III, como le aconsejaba Cavour, habría colocado á su reino entre Austria y Francia como entre el yunque y el martillo.

El rey hizo su entrada solemne en Milán por la puerta oriental y el Corso á las cinco de la tarde del 13 de julio. La división de infantería francesa, mandada por el general Hugues, acababa de llegar de Lyon y se formó en la plaza de la Catedral. Víctor Manuel recibió en el palacio á los generales Hugues, Baillien-court, Beville y Suau. El segundo ha dado curiosos detalles acerca de esta recepción. «El rey, dice, cubierto aún de noble polvo, con un traje muy descuidado, parecía un capitán de húsares del primer Imperio..... Con la vista fija en el techo, y levantando mucho la cabeza, nos dijo: — Señores, confieso que no estoy contento y vosotros tampoco debéis estarlo, porque acabáis de llegar y la paz os priva de contribuir á alcanzar victorias como las que hemos conseguido; vuestro ejército nos ha prestado grandes servicios.....; el vuestro y el mío han combatido como dos hermanos.....: no soy más que un soldado; no me gustan los abogados. Tengo poco apego á mi cetro; no quiero más que batallas. Me había hecho castillos en el aire; creía guerrear por espacio de dos años, y sólo me permiten hacer la guerra dos meses, cuando me figuraba dar la vuelta al mundo con soldados franceses. Habría preferido salir con algunas costillas rotas con

tal de poder seguir luchando..... En la batalla de Solferino fuí yo quien hizo disparar los últimos cañonazos de la jornada con treinta y ocho piezas puestas en batería.»

Volviendo en seguida á la idea que ya había expresado, el valiente monarca dijo: «No me gustan los abogados; y ¿á vos, general?» añadió dirigiéndose al general Hugues. Este contestó: «V. M. tiene razón, los abogados son los hombres de la decadencia.» Víctor Manuel repuso: «Y sin embargo, voy á tener que tratar con ellos todavía. No importa; sabré meterlos en cintura..... Ese Cavour, tan favorecido por mí, acaba de presentarme su dimisión; le he recibido mal. Pero sin duda irá á sostener conversaciones en un café para aumentar su popularidad. ¿Qué queréis que haga con un abogado de esa naturaleza? No importa; que vaya con cuidado, porque estaré ojo avizor..... No perderá nada por aguardar; le preparo algo.»

El general Baillien-court añade á este relato cuya autenticidad podría ponerse en duda si no procediera de una persona tan respetable: «Salimos sin poder dar crédito á nuestros ojos ni á nuestros oídos..... Tomé nota inmediatamente para mí solo; pero mis compañeros hicieron lo mismo, deseosos de conservar con exactitud el recuerdo de aquella entrevista tan original.»

De regreso en Turín, Cavour iba diciendo que no tan sólo no era presidente del Consejo, sino que se haría conspirador antes que prestar su apoyo á un contrato como el que acababa de celebrarse. Sin embargo, sus compatriotas no creían en su retirada definitiva. «Cavour se marcha, decían, pero con una contraseña en el bolsillo.»

LXII

EL REGRESO DEL EMPERADOR

Napoleón III se preparaba á regresar á Francia. El 12 de julio entregó el mando en jefe del ejército de Italia al mariscal Vaillant y dirigió á las tropas esta alocución fechada en el cuartel general imperial de Valeggio:

«Soldados:

»Se han convenido las bases de la paz con el emperador de Austria; queda logrado el objeto principal de la guerra. Italia va á ser por primera vez una nación.

»Una Confederación de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honoraria del Padre Santo, reunirá en un haz á todos los individuos de una misma familia. Verdad es que el Véneto continúa bajo el dominio del Austria; sin embargo, será también una provincia italiana, puesto que formará parte de la Confederación.

»La reunión de la Lombardía al Piamonte nos crea á este lado de los Alpes un aliado poderoso que nos deberá su independencia; los gobiernos que han quedado fuera del movimiento ó han sido llamados de nuevo á sus países, comprenderán la necesidad de hacer reformas saludables.

»Una amnistía general hará desaparecer las huellas de las discordias civiles. La Italia, en adelante dueña de sus destinos, no podrá quejarse de nadie si no progresa con regularidad en la vía del orden y de la libertad.

»Pronto vais á volver á Francia: la patria agradecida recibirá con entusiasmo á sus soldados que tanta gloria han dado á nuestras armas en Montebello, en Palestro, en Turbigo, en Magenta, en Marignán, en Solferino, que en dos meses han emancipado el Piamonte y la Lombardía, y no se han detenido sino porque la lucha iba á adquirir proporciones que no estaban ya en relación con los intereses que Francia tenía en esta guerra formidable.

»Mostraos, pues, orgullosos de vuestros triunfos, de los resultados obtenidos, y sobre todo de ser hijos queridos de esa Francia que será siempre la gran nación mientras tenga corazón para comprender las nobles causas y hombres como vosotros para defenderlas.»

El mismo día el emperador salió de su cuartel general imperial de Valeggio. La guardia recibió orden de ir á ocupar sus primeros acantonamientos á Desenzano, y los diferentes cuerpos de ejército comenzaron á alejarse de las orillas

del Mincio, donde su concentración no era ya útil, para distribuirse en los grandes centros de Lombardía.

«Fué un espectáculo soberbio, ha escrito el barón de Bazancourt, el ver desfilar por los caminos, con la música al frente, á esos magníficos regimientos polvorientos y atezados, que llevaban las nobles huellas de las fatigas y de los combates. Léfase una energía indomable en aquellas frentes tostadas por los ardientes rayos del sol. Los generales iban, como delante del enemigo, á la cabeza de sus columnas.»

Napoleón III hizo alto en Desenzano. La calma y la belleza del paisaje parecían aliviarle de las tristes emociones que había sentido á la vista de los horrores de la guerra. A orillas del lago de Garda estaban las lanchas cañoneras preparadas á gran coste para el sitio de Peschiera, y que ya no servían para nada. El emperador se las regaló á Víctor Manuel.

El 14 de julio hizo en Milán una entrada que no fué menos brillante que la del 8 de junio. La estación del ferrocarril estaba adornada como para una fiesta. A poco más de las cinco de la tarde, el príncipe de Carignán llegaba para aguardar á los soberanos. Las tropas francesas y piamontesas estaban formadas en la carrera junto con la milicia nacional. La comitiva pasó por las calles del Tchernaiia, Santa Teresa, y plaza del Castillo para ir al palacio real. Todo eran aclamaciones al paso de SS. MM., que iban en carretela descubierta.

Un testigo ocular, el general Bailliencourt, ha escrito: «Las calles engalanadas rebosaban de gente. Las mujeres adornadas con sus mejores trajes se aglomeraban en ventanas y balcones que parecían á punto de derrumbarse. Por todas partes se veían guirnaldas, ramos, follaje: la muchedumbre se agolpaba hasta entre las patas de los caballos con riesgo de hacerse atropellar; pero el delirio no calcula nada, y no eran más que delirio aquellos gritos, aquellos bravos, aquellos aplausos frenéticos. Andábamos sobre flores, pues el suelo estaba alfombrado de ellas.... Las aclamaciones eran cada vez más estruendosas, hasta el punto de hacer que se encabritara el caballo del emperador. Éste parecía tranquilo y en su fisonomía se notaba esa especie de sello poético que le es propio.»

Llegado al palacio real, Napoleón III recibió inmediatamente á los generales que le habían escoltado. Al expresar éstos su admiración por sus triunfos, les respondió con acento de profunda tristeza: «¡Pero cuántas pérdidas! ¡Cuánta sangre vertida!»

A las seis y media de la tarde se sirvió una comida de cien cubiertos en la magnífica galería del palacio. «Colocado casi enfrente del emperador, añade el general Bailliencourt, no perdía yo un movimiento de los principales actores del gran drama que acababa de representarse. Napoleón III tenía á su derecha á Víctor Manuel, á su izquierda al príncipe Napoleón. Parecía visiblemente preocupado. El rey, siempre expansivo, decía en alta voz que echaba de menos los dos años de campaña con que había contado. Para él la guerra es un gusto personal, por el mismo concepto que la caza.... El emperador, dirigiéndose á

todos, pidió con gran interés noticias del mariscal de Castellane, comandante en jefe del ejército de Lyon, citando muchos párrafos de la admirable carta que le había escrito suplicándole que le designara para algún mando en la campaña.»

Los generales salieron del palacio real á las ocho y media. La ciudad estaba esplendorosa. Las casas, iluminadas con millares de faroles multicolores, agitados por la brisa, producían un efecto mágico. «Una multitud curiosa, enorme, sigue diciendo el general Bailliencourt, inunda la plaza por donde pasamos. Nos rodean; los niños se nos agarran á los faldones de la casaca; las mujeres nos cogen del brazo, nos besan las manos y los hombres quieren llevarnos en triunfo.»

Milán ha conservado un recuerdo de cariño y de gratitud á Napoleón III y á Francia. No ha sucedido lo mismo con otras grandes ciudades italianas.

De vuelta al palacio Gonfalonieri, donde se alojaba, el general Bailliencourt supo que un telegrama de Turín, recibido aquella noche, anunciaba que el espíritu turbulento de la población se mostraba hostil al emperador, á quien se aguardaba allí. Se habían hecho manifestaciones indignas, habiéndose arrancado en las tiendas los retratos de S. M. por grupos que los reemplazaban con otros de Mazzini y de Orsini. Napoleón III, informado de estos detalles, acababa de dar á la brigada mandada por el mencionado general la orden de marchar inmediatamente á Turín.

El mismo día 14 de julio, el príncipe de La Tour d' Auvergne, ministro de Francia en aquella ciudad, escribía al conde Walewski: «La noticia de la firma de la paz ha producido en Turín profunda sensación; las cláusulas relativas al Véneto han excitado particularmente el descontento. La posesión por parte de Austria de esta provincia y de las fortalezas de Mantua, Peschiera, Verona y Legnago se considera como una amenaza para la seguridad y la independencia del Piamonte. Tampoco se ha recibido favorablemente la idea de una Confederación italiana que obligaría al Piamonte á vivir en estrecha alianza con Austria. Circula el rumor de que Inglaterra no consentirá en reconocer un estado de cosas en cuyo arreglo no ha intervenido. La dimisión del conde de Cavour ha venido á coronar la obra. Hoy la agitación es mayor que ayer. En todas las estamperías se ha puesto el retrato de Orsini en lugar del del emperador. La actitud de la prensa es también hostil. El gobierno, cuya misión en tales circunstancias debería consistir en calmar la opinión ilustrándola, se abstiene de intervenir. Es de desear vivamente que el conde Arese, que acepta la sucesión del conde de Cavour, consiga poner otra vez en buen camino á la opinión pública evidentemente extraviada.»

El 15 de julio, á las tres de la tarde, el príncipe de La Tour d' Auvergne dirigía al conde Walewski este despacho telegráfico: «El emperador llegará á Turín á las cinco de la tarde. Las disposiciones de la población son mejores, y se lee tranquilamente una alocución del alcalde invitando á los habitantes á iluminar sus casas para festejar la llegada de SS. MM. Se han quitado de todas partes los retratos de Orsini. Creo que la recepción será digna. M. Irvoy (jefe

de la policía de seguridad del emperador) os ruega que deis copia de este despacho al ministro del Interior.»

Napoleón III y Víctor Manuel habían salido de Milán por ferrocarril: el tren en que iban á Turín pasó por Magenta. El emperador, conmovido, echó una ojeada á la estación de la ciudad y al Naviglio Grande, y recordó los prodigios de valor que había hecho su guardia en aquel sitio, las perplejidades crueles, las angustias que él mismo sufrió en el momento en que la victoria parecía tan dudosa y hasta tan improbable. Es un espectáculo que impresiona el de encontrar tranquilo y desierto un campo de batalla visto poco antes en medio de todas las agitaciones y de todos los horrores de la carnicería. La naturaleza, impasible y serena, lo ha olvidado todo. El canto de las aves ha reemplazado al ruido del cañón, de las granadas y de las balas. La hierba cubre las fosas donde las víctimas de la batalla duermen su sueño postrero. ¡Qué contraste entre los dos aspectos de un mismo lugar!

El 15 de julio las tropas estaban formadas á las cuatro de la tarde en las principales calles de Turín. Muchos generales piamonteses, á las órdenes del veterano general de Sounaz, aguardaban la llegada de los dos monarcas. Cavour había ido también á la estación en una elegante carretela tirada por hermosos caballos ingleses, uno de los cuales cayó y estuvo á punto de volcar el carruaje. Cavour tuvo que dar unos cuantos pasos á pie, y más de un italiano supersticioso vió en este percance un mal agüero.

Daban las cinco cuando llegó el tren imperial y real. Napoleón III estrechó la mano del primer ministro dimisionario, pero sin decirle una palabra. Habíase hecho correr la voz de que al pasar los soberanos habría guardias nacionales que bajarían las armas y lanzarían gritos subversivos. No fué así, pero era incontestable que las aclamaciones del gentío iban dirigidas al rey más bien que al emperador. La comitiva se detuvo en el segundo patio del palacio y Napoleón III se instaló en los hermosos aposentos de la planta baja habitados en otro tiempo por el rey Carlos Alberto. Hubo gran comida á la que Cavour no asistió; pero el emperador le mandó llamar después y estuvo hablando con él cordialmente.

«No quiero, le dijo, que nos separemos reñidos. No es exacto que me haya negado á recibiros: pero ¿qué hubiera podido deciros?... Se habrían necesitado trescientos mil hombres para proseguir la campaña y yo no los tenía.» Como Cavour pusiera de relieve la triste situación de las provincias abandonadas, Napoleón le respondió: «Yo haré que se abogue por su causa en el Congreso.» Luego los dos asociados de Plombières se separaron para no volverse á ver más.

A las seis de la mañana siguiente, el emperador salía de la capital piamontesa. Quizás había escogido para su partida esta hora tan matinal porque no tenía confianza en las buenas disposiciones de la población con respecto á él. En los balcones no había ninguna bandera, las calles estaban casi desiertas y las aclamaciones fueron muy escasas. Víctor Manuel, su Estado mayor, el príncipe de Ca-

rignán y el personal de la legación de Francia acompañaron al emperador hasta Susa, donde terminaba la vía férrea. Allí Napoleón abrazó cordialmente al rey y al príncipe de Carignán, dió la mano á las personas de su séquito, y luego subió á una berlina de viaje, ascendió por la garganta del monte Cenis y bajó hacia San Juan de Maurienne, donde volvió á tomar el ferrocarril. Su paso por Chambéry dió lugar á manifestaciones que fueron como el presagio de la anexión de Saboya á Francia. M. Grand Thorane, agente consular de Francia en Chambéry, escribió al príncipe de La Tour d'Aubergne: «S. M. el emperador ha sido recibido aquí con entusiasmo por todo lo mejor de la población, que es seguramente la inmensa mayoría; pero hubiera habido mucha más gente á su paso si el intendente general hubiese cuidado de anunciar el momento de su llegada. Si se hubiera tenido noticia de ella en los pueblos circunvecinos, habría habido mucha más concurrencia en todo el camino que ha recorrido. El alcalde no ha permitido al cuerpo de bomberos acudir á la estación del ferrocarril, porque este cuerpo se compone de hombres de orden cuyos sentimientos favorables al emperador son notorios, y no se llevaba á bien que prorrumpieran en aclamaciones unánimes. El arzobispo y el presidente de la Audiencia han ido á la estación sin que se les avisara.»

Napoleón III echó de ver las disposiciones favorables de Saboya en pro de él y de su Imperio. Quizás, después de haber hecho mucho por Italia, pensaba en aquel momento en hacer algo por Francia.

LXIII

SAINT-CLOUD

El emperador, después de cruzar por Saboya, que al año siguiente debía anexionarse á Francia, fué á Saint-Cloud sin detenerse en el camino. A pesar del incógnito que guardaba en su rápido viaje, los habitantes de los pueblos le esperaban en las estaciones para ver pasar el tren y aclamar al monarca victorioso que les manifestaba su gratitud saludándoles. A las diez de la mañana del 17 de julio llegó á Saint-Cloud, siendo recibido por la emperatriz y el príncipe imperial, á quienes abrazó con efusión. Cuando preguntó al principito si le conocía, el niño pareció ofendido de tal duda.

Napoleón III poseía en alto grado los sentimientos de familia. Bajo una apariencia fría y una máscara de impasibilidad absoluta ocultaba una sensibilidad casi femenil y un carácter cariñoso. Con su contento iba mezclada una expresión de melancolía. Pensaba en otros muchos que, menos afortunados que él, no volverían ya y á quienes lloraban en aquel mismo momento sus madres, sus esposas y sus hijos. El palacio de Saint-Cloud, con el grato frescor de sus seculares enramadas, sus cascadas y sus saltos de agua, no le hacía olvidar el calor abrumador de los campos de batalla de Italia, las nubes de polvo, el humo de la pólvora, las angustias de la lucha y los horrores de la matanza. Al mediodía oyó misa en la capilla para dar gracias á Dios, y en seguida recibió á la familia imperial, á los individuos del Consejo privado, á los ministros y á la alta servidumbre del palacio.

La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie asistía á esta recepción. «El emperador, dice, se mostraba tranquilo, contento, natural como siempre. Tenía muy buen semblante; y en su tostado cutis se conocía que había pasado algún tiempo expuesto á los ardores del sol de Italia. Iba de unos á otros amable, afectuoso, y mientras se paseaba entre nosotros, nos contaba algunos detalles; pero repetía á menudo que, al verse ya aquí, le parecía un sueño toda aquella campaña tan rica en incidentes, en episodios de toda clase.... ¡Qué sueño!»

Todas las noticias que recibía el emperador, todas las reflexiones que se hacía sobre la situación de Europa, le inducían á felicitarse de no haber tentado más largo tiempo la fortuna. Sabía que si no se hubiera apresurado á firmar los preliminares de paz, la entrada en escena de Prusia y de todos los demás Estados de la Confederación germánica habría sido cuestión de días, de horas. A su